

más que el egoísmo materialista y envilecedor. ¿Qué virtudes ha engendrado ni puede engendrar la doctrina del materialismo? ¿qué heroísmos pueden brotar de almas abyectas, cuya única ambición es gozar, y gozar sin medida, de los bienes de la vida presente? ¿qué intereses sociales ó de la comunidad son bastantes á contrapesar el interés individual, que no conoce límites? Por consiguiente, ¿por qué título ó motivo había de sacrificarse un hombre en ninguna ara, en el ara del deber ó de la patria? ¿qué son estos nombres sino sonidos vacíos para quien no cree ni espera nada más allá de los confines de la existencia terrestre? «Gocemos cuanto podamos, que mañana moriremos»<sup>1</sup>, ésa es su fórmula, su ley, y con razón, si nada hay más allá de lo que se ve y se palpa. «¿Á qué exponer la vida á cada hora? decía San Pablo; si los muertos no han de resucitar, ¿de qué me aprovecha todo eso?»<sup>2</sup>

Mejor que todos los razonamientos prueban los hechos la decadencia moral de las sociedades devoradas por el materialismo. Nadie ignora á qué abismos de corrupción había descendido la Roma de los Césares; y todos estamos viendo con dolor á qué profundidades de desorden va bajando la sociedad moderna, empeñada en renegar de las purísimas doctrinas del Redentor y retroceder al asqueroso paganismo. Hable por mí la autorizada voz de un controversista moderno. «Á tiempo que brillaban con más vivos resplandores la filosofía, la literatura y las ciencias, el escepticismo, el error y la depravación habían llegado á su colmo... Las ricas ciudades ostentaban, á par de su opulencia, todos los vicios á que se habían entregado, todas las miserias

<sup>1</sup> Is. 22, 13.

<sup>2</sup> I Cor. 15, 32.

que las devoraban. La moral sin base, las costumbres sin pudor, la religión sin Dios. Olvidado el hombre de su origen y de su destino, se rebajaba al nivel del bruto, si no se exaltaba hasta el fanatismo en el delirio de su orgullo... La mayor parte del género humano gemía en dura esclavitud, mientras que los monstruos recibían honores divinos... Roma, la señora de las naciones, era pisoteada por las hordas pretorianas, cuyos Césares improvisados subían al Capitolio, manchaban el trono con sangre y libertinaje, y caían luego al golpe de cualquier miserable asesino. No quedaba idea de autoridad, la libertad se moría, el pueblo se envilecía más y más en los odiosos espectáculos del circo<sup>1</sup>. La dignidad humana, la honradez, la justicia, la santidad de las leyes, todo eso era ya desconocido, dominando en todas partes la tiranía y la opresión. La mujer y el niño, esclavizados á los caprichos del hombre; los desvalidos, abandonados á su suerte; las guerras, incesantes y abominables por su barbarie. Tal era el estado de violencia y corrupción social cuando vino el cristianismo á disipar los errores, levantar las costumbres, constituir la familia, reformar el poder, hacer reinar el derecho y la caridad, en una palabra, imponer al mundo la ley del evangelio.»<sup>2</sup> Recargado parece este cuadro, y, sin embargo, nada más exacto. Y ¿cuál fué, por fin, el resultado de esa desmoralización, sino la caída de aquel poderoso imperio romano, invadido y sojuzgado por los bárbaros, y con ella la disolución social y política de aquella sociedad corrompida hasta la medula de los huesos?

<sup>1</sup> Panem et circenses (*Juv. Sat. 10*).

<sup>2</sup> Mr. Pernet, *Demostr. catól. parte 3, cap. 5*.

8. ¿Qué decir ahora de la sociedad moderna secularizada, emancipada de la Iglesia de Cristo, vuelta en aspiraciones y costumbres al infame sensualismo de donde la sacara el Redentor? Sacudido el yugo de la ley de Dios, pisoteado el código sagrado por masas sedientas de goces materiales, la sociedad del último siglo, heredera de los falsos dogmas del filosofismo, y pagada de no sé qué derecho nuevo, ha tratado de implantar en todas partes las funestas libertades anatematizadas á la vez por la razón y la Iglesia; y el resultado está á la vista: una espantosa decadencia moral, contrastando con un progreso material exorbitante. Cedo gustoso la palabra al elocuente escritor antes citado, á quien, escribiendo en el centro mismo del mundo civilizado, no puede tachársele de alucinamiento ó de exageración. «Jamás, dice, viéronse las sociedades en tanto peligro como en nuestros días. ¿Quién puede responder siquiera del día de mañana? ¿cuál será el porvenir de la generación que se va levantando? ¿en qué parará la familia? ¿quién nos asegura la tranquila posesión de nuestros bienes, de nuestra fortuna y — podríamos añadir aquí — de nuestra propia vida? Y, por lo que hace á la suerte de las naciones, ¿cuáles son hoy los principios ciertos y de todos admitidos en que descansan? ¿no vemos la fuerza y la astucia sobreponiéndose al derecho de los débiles? Y ¿qué significa la famosa teoría de los hechos consumados sino la impotencia de fundar nada estable sobre la base del derecho? Las constituciones de los pueblos, hechas (como los ídolos del paganismo) por mano de hombre, no alcanzan más duración que la de sus autores: improvisadas á vuelta de cada revolución, son á su vez arrebatadas por la ola revolucionaria que

viene detrás. Y ¿qué fomentan y protegen esas Cartas sino el orgullo y las pasiones de los mismos que las forjan al capricho, sin respeto á la tradición ni miramiento á las verdaderas necesidades de los tiempos actuales y venideros, siendo así que tales concupiscencias y pasiones debieran ser enérgicamente reprimidas por todos los hombres de inteligencia y corazón?... Verdaderamente, concluye el elocuente escritor — y no creáis, cristianos, que exagera lo grave de la situación presente: — nos hallamos al borde del abismo por culpa de aquellos que han ensayado gobernar á la sociedad sin Dios... Hoy más que nunca tenemos razón de estremecernos á vista de lo que está pasando en el mundo... Ya parece que no pueden cometerse más delitos... Reveses increíbles, impotencia y división en los partidos políticos, el derecho y la libertad debajo de los pies, ensalzada la inmoralidad; enardecidos los odios, asentada la opresión, todo está exhibiendo á los enemigos de Dios y de su Iglesia, como corruptores y embaucadores del pueblo, y causa del deshonor y de la ruina de las naciones.»<sup>1</sup>

Leed atentamente la Carta Pastoral del dignísimo Pastor de esta arquidiócesis y Jefe de la Iglesia colombiana, dirigida á los fieles con ocasión del fin del siglo XIX, y allí veréis expresados iguales conceptos, que, á su vez, son los mismos en más de una ocasión manifestados por el Maestro infalible y Guardián supremo de la fe cristiana.

9. Si la sociedad había de regenerarse, era preciso que, además de profesar la verdadera piedad y fomentar creencias y aspiraciones ultraterrenas, se diese á la

<sup>1</sup> *Pernet* l. c.

práctica de aquellas virtudes cuya fragancia, trascendiendo á las costumbres, purificase y perfumase la atmósfera social. Tal fué la obra llevada á cabo por Cristo Redentor, cuya aparición sobre la tierra, dice el Apóstol, dió por resultado, *ut pie, iuste et sobrie vivamus in hoc saeculo*. Á la codicia, al egoísmo y al orgullo, connaturales á la familia del viejo Adán, Jesucristo, el Adán nuevo, ha opuesto la humildad, el desprendimiento, la justicia, la caridad y todas las demás virtudes, cuya influencia en la felicidad social es evidente. Infundiólas el Redentor con la palabra y el ejemplo. Felizmente, ha tenido y tendrá hasta la consumación de los siglos innumerables discípulos aprovechados, que, como sal de la tierra y luz del mundo, han hecho y continuarán haciendo que florezca hasta en las últimas capas sociales la virtud cristiana, impidiendo así que el veneno de las doctrinas paganas produzca la total disolución de la sociedad. Pero aquí podremos interrogar con el mismo Salvador: «Si esa sal llegara á desvirtuarse, ¿con qué sal se atajaría la corrupción social?»<sup>1</sup>

Detengámonos por un momento, amados fieles, á estudiar el influjo de las virtudes antes mencionadas en el progreso de la sociedad. La primera de todas, la humildad, virtud esencialmente cristiana, es, por más que no lo parezca, una fuente de bienestar social. Basta mirar atentamente en qué consiste, que no es en apocarse y rebajarse más allá de lo justo, sino en reprimir y poner freno á los arranques del espíritu que tiende, por heredada propensión, á elevarse desmedidamente. Refrenados esos bríos, modéranse también los

<sup>1</sup> Matth. 5, 13.

demás desordenados apetitos, de cuya sumisión surgen la obediencia en el súbdito, la moderación en el gobernante, el no abusar de la posición con desprecio y daño de los inferiores, y, sobre todo, el no pretender á cualquier costa elevarse sobre los iguales, aunque sea amontonando ruinas para formarse pedestal. Ya lo veis, no pueden ser más razonables ni más beneficiosos los sentimientos que inspira la humildad. ¡Oh! y ¡cómo luce esta virtud hermosa, aunque modesta y recatada, en la frente de un héroe coronado de laureles! Contemplad esa tumba gloriosa, abierta á nuestros ojos por la implacable mano de la muerte, esa tumba que riega con sus lágrimas la patria y todos los buenos salpican con flores y perlas de sus ojos: ¿qué es lo que la hace tan respetable al par que tan querida? ¡Oh! lo saben y proclaman todos, la aureola de humildad netamente cristiana, que realizaba tan maravillosamente los méritos insignes del patriota y del guerrero, en mala hora arrebatado á Colombia<sup>1</sup> prematuramente. Volved ahora los ojos al orgullo, ese padre de la ambición desapoderada y frenética. Nada más funesto para la sociedad. De él nacen todos los excesos capaces de turbar el orden privado y público, el despotismo, las revoluciones, las guerras intestinas. ¡Cuántas pruebas de esta triste verdad no nos ofrece nuestra misma historia, empapada toda en sangre! ¡Pluguiera al cielo que no lo estuviéramos palpando en estos mismos días, tan luctuosos para la pobre patria!

10. Pues, ¡qué ventajas no proporciona á la sociedad la pobreza de espíritu, tan encomiada por el Redentor

<sup>1</sup> Alude al General en Jefe de los ejércitos de la República, Dr. D. Próspero Pinzón, muerto la víspera en Bogotá.

en el Sermón del monte, esto es, aquel espíritu de desprendimiento de los bienes de la tierra, aquel desprecio sublime de ese oro que trae enloquecidas á las sedientas muchedumbres! Desligando las almas, como dice San Ambrosio, del apego á las cosas temporales, destruye, unida á la humildad, de quien es hermana, la hinchazón, la vanidad y el orgullo. Y claro es que así dispuesta el alma, el hombre es más caritativo, más sociable. Calculad, si podéis, los resultados del desprendimiento del oro en la dispensación de la limosna, en el ejercicio de la beneficencia pública, harto más activa y eficaz que la oficial para aliviar la miseria y el dolor. Todo lo contrario veréis que produce la sordida avaricia, conviene á saber, el egoísmo cruel y sin entrañas, el insensato amor del lujo, el despilfarro del capital en juegos y diversiones que estragan y arruinan á las familias, corrompiendo las costumbres. ¡Qué abismos de miseria no abre en las naciones esa maldita codicia, envilecedora de los caracteres, tentadora, casi siempre victoriosa, de la honradez, madre de la pública postración en que yacen no pocos infortunados países de uno y otro continente! Y ¿adónde creéis que es capaz de arrastrar á los pueblos la voraz codicia sino al caos del socialismo?

Una palabra sobre la mansedumbre evangélica, virtud característica del Salvador<sup>1</sup>. Ella es la que modera y enfrena los arrebatos de la ira, apacigua los ánimos de los ciudadanos en momentos de conflagración, les da calma y libertad para juzgar de la verdad de las cosas, hace al hombre dueño y señor de sus acciones, llega hasta el heroísmo de perdonar las injurias y amar

<sup>1</sup> Matth. 2, 29.

al enemigo. ¡Oh, si la mansedumbre cristiana reinase, como deseaba el Apóstol, en todos los hombres! ¡cómo haría cesar por encanto los odios enconados, causa de tantas y tan atroces venganzas, desarmando las naciones y reconciliando los partidos, devolviendo á la exangüe sociedad, con el orden y la paz, infinitos elementos de prosperidad!

En resumen, carísimos oyentes: las virtudes que informan la vida cristiana, según la doctrina del Apóstol: *Pie, sobrie et iuste vivamus in hoc saeculo*, entre las cuales descuella la justicia que, en cierto sentido, las comprende á todas, no pueden menos de ejercer incalculable influjo sobre la prosperidad y verdadera civilización social. Los mismos enemigos sistemáticos del cristianismo han confesado la superior excelencia de los preceptos morales del Evangelio, llegando hasta afirmar que el verdadero discípulo de Cristo es un filósofo perfecto<sup>1</sup>. Y, siendo tal ¿no será perfecto ciudadano?

Tenéis, pues, á la sociedad cristiana cosechando, aun en el terreno del orden temporal, los frutos exquisitos de la Redención. Esto bastaría, sin duda, para nuestro propósito; no puedo, sin embargo, pasar del todo en silencio la acción de la Iglesia en este sentido, para justificar la parte importantísima que le cabe en el solemne homenaje que hoy tributa el mundo al Redentor, y después de Él, á su Vicario.

## II.

II. No ha sido otra la misión de la Iglesia católica, sino la de continuar á través de los siglos la acción del

<sup>1</sup> El autor de las Cartas Indias, apud *Scotti*, Teoremas de política cristiana, parte 3, teor. 4.

Redentor. Ella, pues, ha venido luchando por sostener en la tierra esa noble creación de Cristo, la sociedad cristiana, impidiendo, como sal de las almas, que llegara á ser presa de total corrupción. Y ¡vive Dios! por ella existe y alienta todavía ese pueblo escogido ... *populum acceptabilem*, que dice el Apóstol, que Cristo formó para sí, y ha sobrevivido á todas las catástrofes, á despecho de las mil vicisitudes ocurridas en el transcurso de diez y nueve siglos. Y es porque la Iglesia no ha cesado en tiempo alguno, ya por la voz de sus Pontífices, ya por el órgano de sus Concilios generales y particulares, de enseñar y predicar á los hombres de toda condición y raza la verdadera doctrina de Cristo, según el precepto del Apóstol á Timoteo: *Prædica verbum ... insta opportune, importune*<sup>1</sup>. Y hácelo con singular empeño en épocas como la actual, en que los hombres y los pueblos parecen ya hastiados de la sana doctrina, y la rechazan con altiva repugnancia, y se niegan descaradamente á escuchar la palabra de su madre y bienhechora. Estos espíritus rebeldes, hechos semejantes á los étnicos y publicanos, son los que Cristo dijo que «no escucharían á la Iglesia»<sup>2</sup>. Ella, no obstante, no cesa en su maternal empeño de señalar á la sociedad los peligros que á cada paso la amenazan de muerte, ni de reprobear sin embozo los errores y desórdenes que tienden á labrar la ruina de esa hija, amamantada por ella, y con frecuencia ingrata y desleal. Increíbles parecen los celos de la sociedad civil respecto de la Iglesia, sus desconfianzas y desdenes; pero causa horror pensar en la atroz y pertinaz persecución desencadenada contra ella por esos mismos pueblos que le deben luz, cultura y civilización.

<sup>1</sup> 2 Tim. 4, 2.

<sup>2</sup> Matth. 18, 17.

12. Como jefes de esa misma Iglesia y vicarios del Redentor, ó Corredentores del mundo, los Sumos Pontífices han llenado el ministerio á ellos confiado por Cristo en la persona de los Apóstoles: *Docete ... baptizate* ...<sup>1</sup> «Enseñad, guardad intacto el depósito de la verdad religiosa, elevad al cielo los humanos corazones, haced que practiquen la virtud, anatematizad el vicio.» Valga por todo argumento la conducta apostólica del actual Supremo Jeraarca, el magnánimo León XIII, dignísimo del amor y respeto de todos los fieles del universo. Él no se ha dado un punto de reposo en la tarea de adoctrinar á los hijos de Cristo, durante su largo y glorioso pontificado de veintitrés años. Nuestro celoso Prelado en el citado documento, se complace en señalar á sus ovejas los principales pasajes de las más notables Encíclicas del esclarecido Pontífice, para que, fijando en ellos su atención, puedan aprovecharse mejor de sus sagradas enseñanzas. Con el mismo objeto os recordaré las siguientes en confirmación de la verdad que venimos demostrando. En la que se titula: «De la constitución del Estado cristiano», expone los fundamentos sobre que han de constituirse, según el plan divino, la sociedad doméstica y civil. En la que trata de la libertad, explica las verdaderas nociones de libertad moral, patentizando el absurdo de las llamadas libertades modernas. Escribiendo sobre la sabiduría cristiana, pone de manifiesto los deberes de los hombres según los dictámenes de la cristiana sabiduría, á fin de hacer que se conformen con ellos la vida, costumbres é instituciones de los pueblos, ya que «su exacto cumplimiento, dice, contribuirá admirablemente á la salvación

<sup>1</sup> Matth. 28, 19.

de la sociedad». Finalmente, en la magistral Encíclica sobre la condición de los obreros dilucidánse las arduas cuestiones económico-religiosas sobre las relaciones justas que deben mediar entre propietarios y proletarios, entre el capital y el trabajo, con el fin de favorecer, como es de justicia, á las clases más desatendidas y desafortunadas de la sociedad, las obreras.

¿Qué diré, para concluir, de la solicitud desplegada por el Vicario de Cristo en favor de todas las Iglesias y naciones cristianas, pero con especialidad de las de la América y sus jóvenes repúblicas, cuyos intereses espirituales y aun temporales han sido objeto de su paternal cuidado y providencia? Recordad las sedes episcopales que ha erigido en el norte y sur de nuestro continente, los privilegios otorgados á sus habitantes, la convocación del reciente Concilio Plenário de la América Latina en su misma capital, y la aprobación impartida por él á sus actas y decretos. ¿No comprometen todos estos actos de benevolencia de la Santa Sede nuestra profunda gratitud?

13. ¿Qué resta, católicos oyentes, sino que, unidos en un mismo espíritu y corazón con nuestros hermanos de todo el universo, tributemos el día de hoy y todos los días del año que felizmente abre la marcha del siglo XX, nuestros solemnes homenajes á Cristo Redentor, y también á su Vicario en la tierra, el augusto Pontífice Romano? No seamos, no, los menos entusiastas en esta espléndida manifestación de fe y amor cristiano; y, si las duras circunstancias que todavía nos rodean, no nos permiten hacer alarde generoso de exteriores pompas y festejos, suplamos ventajosamente esta dolorosa falta con actos de verdadera y sólida piedad, que

acrediten no ser menos ferviente nuestra religiosidad que la de otros pueblos más afortunados.

Sobre todo, y es mi última palabra, seamos dignos de formar parte de ese pueblo escogido que tremola el pabellón de Cristo, de esa ilustre sociedad cristiana, madre de toda virtud y heroísmo, que brilla entre todas las sociedades por las luces de su fe, por sus nobilísimas aspiraciones, por la pureza de sus costumbres y por la práctica de las buenas obras, esperando, los ojos fijos en el cielo, el advenimiento glorioso de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, á quien sea honor y gloria por infinitos siglos. Así sea.

### SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(celebrada por la Congregación de señoras de Bogotá, en el templo de Santa Clara, el día 22 de junio de 1900, señalado para hacer la consagración solemne al mismo sagrado Corazón, decretada por Su Santidad León XIII).

Dicetis in die illa: Confitemini Domino...  
mementote quoniam excelsum est nomen eius.

En aquel día diréis: Reconoced al Señor...  
acordaos que su nombre es excelso.

Is. 12, 4.

Ilustrísimos Señores<sup>1</sup>, Excelentísimo Señor Delegado Apostólico<sup>2</sup>:

1. Ha llegado, por fin, el fausto día y está á punto de sonar la hora en que veamos realizado entre nosotros el grande acto de la consagración de todo el género humano al sagrado Corazón de Jesús, acto im-

<sup>1</sup> Dr. D. Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá, Dr. D. Moisés Higuera, obispo de Maximópolis, Dr. D. Fr. Nicolás Casas, Vicario Apostólico de Casanare.

<sup>2</sup> Mons. Antonio Vico.